

Santiago, 2 de octubre de 1989.

Estimada Patricia:

déjeme decirle de entrada lo que a algunos podría parecer sorprendente: usted ha escrito un libro (Caso Arellano. Los Zarpazos del Puma.) que un día debería ser material de estudio no sólo en escuelas y universidades sino también en regimientos y academias castrenses. ¿La razón? Este es un drama (lo sostiene un general que usted cita) que afecta tanto a civiles como a militares. Contribuiría a educar en la idea que las armas que Chile confía en manos del Ejército "son para defender el país y no para matar chilenos".

Los episodios que usted revive de modo testimonial, tan documentado e irrefutable, convierten la obra en una lectura alucinante: un helicóptero fatídico, "El Puma", recorre diversas provincias del país como una fiera hambrienta de carne humana. Donde quiera que aterriza desciende la muerte comandada por un General. Vuelvo a la difusión pedagógica masiva. Con el libro también deberían hacer una película. El guión está casi listo. Si el film resultara a la altura del texto tendría tanto o más impacto que "Missing". Y sería muy útil. Pues es necesario que millones, ojalá todos los chilenos sepan lo que pasó con " Los Zarpazos del Puma ", como una forma que no se repitan jamás. En las secuencias no sería malo dedicar algunos "spots" a las ceremonias en que los miembros de la caravana de la muerte" reciben ascensos por sus "hazañas", empezando por el oficial delegado del Presidente de la Junta de Gobierno y Comandante en Jefe. El procedimiento procesal que emplea esa "Comisión Especial" no está contemplado en ningún código del mundo. Así un Consejo de Guerra se queda esperando la comparecencia de los acusados. Después de una demora alguien entra a comunicar que se suspende la audiencia porque todos han sido ya fusilados. ( 26 sólo en Calama)

Algunos llorarán con el libro. Otros se indignarán horrorizados. Pero sobretodo está dirigido a remecer las conciencias.

La permanencia de la dictadura, con su ley de amnistía, contando con la complicidad de los tribunales -salvo honrosas excepciones contadas con los dedos de la mano- han impedido hasta hoy que en Chile se haga justicia.

/.

Pero usted -y unos cuantos colegas suyos, en su mayoría mujeres periodistas capacitadas y valerosas- han hecho un inestimable aporte a la tremenda verdad y la han dicho a pesar de todo, corriendo muchos riesgos. Esa verdad es la indispensable antesala de la justicia. Sin la primera la segunda no es posible.

Cuando llegue el momento -a partir de marzo del '90- con una montaña de pruebas acumuladas sobre las violaciones a los derechos humanos en Chile, habrá que reclamar de viva voz y en todos los tonos la justicia negada y pisoteada.

Como sobrevivientes ineludicables, los parientes de los desaparecidos, fusilados, degollados, quemados, torturados; presos políticos y exiliados; como los seculares y eclesiásticos que se atrevieron, jugándose la vida, a denunciar los crímenes, ustedes son los vencedores de esas dos caras del miedo a que se refiere su libro. No han podido conseguir lo que querían: paralizar eternamente al país por el terror, cerrar todas las bocas con un candado perpetuo.

En nombre de una guerra imaginaria, introdujeron en Chile el más feroz baño de sangre, con una violencia sistemática y una demencia fría, una crueldad despiadada.

Este libro verídico precisamente habla de esa locura criminal a la cual hay que poner término, para que impere entre nosotros un valor que es la base de todos los valores: el respeto a la vida.

La inmolación reciente de Jecar Neghme nos advierte que "la caravana de la muerte" no ha concluido todavía su macabro recorrido, que los zarpazos del puma siguen dejando nuevas estelas de sangre.

El sufrimiento ha sido tan lacerante y prolongado que a algunos les ha quebrado el deseo de vivir. En el último párrafo de su libro usted evoca a una amiga mía que "optó por suicidarse en trágico vuelo desde el piso catorce de una torre céntrica el 23 de junio de 1988". Dora Guralnik representa a la legión de las almas destrozadas por un terrorismo de Estado que matando a los hijos, hiere, destruye a las madres. Hubiera preferido un millón de veces que ella continuara viviendo para que pudiera seguir participando en la lucha que viene, en la hora de la justicia.

Usted, Patricia, con su libro aproxima el advenimiento de ese día luminoso y necesario.

¡Gracias por tanta verdad!

¡Y felicitaciones por tanto coraje!

*Volodia Teitelboim*  
Volodia Teitelboim